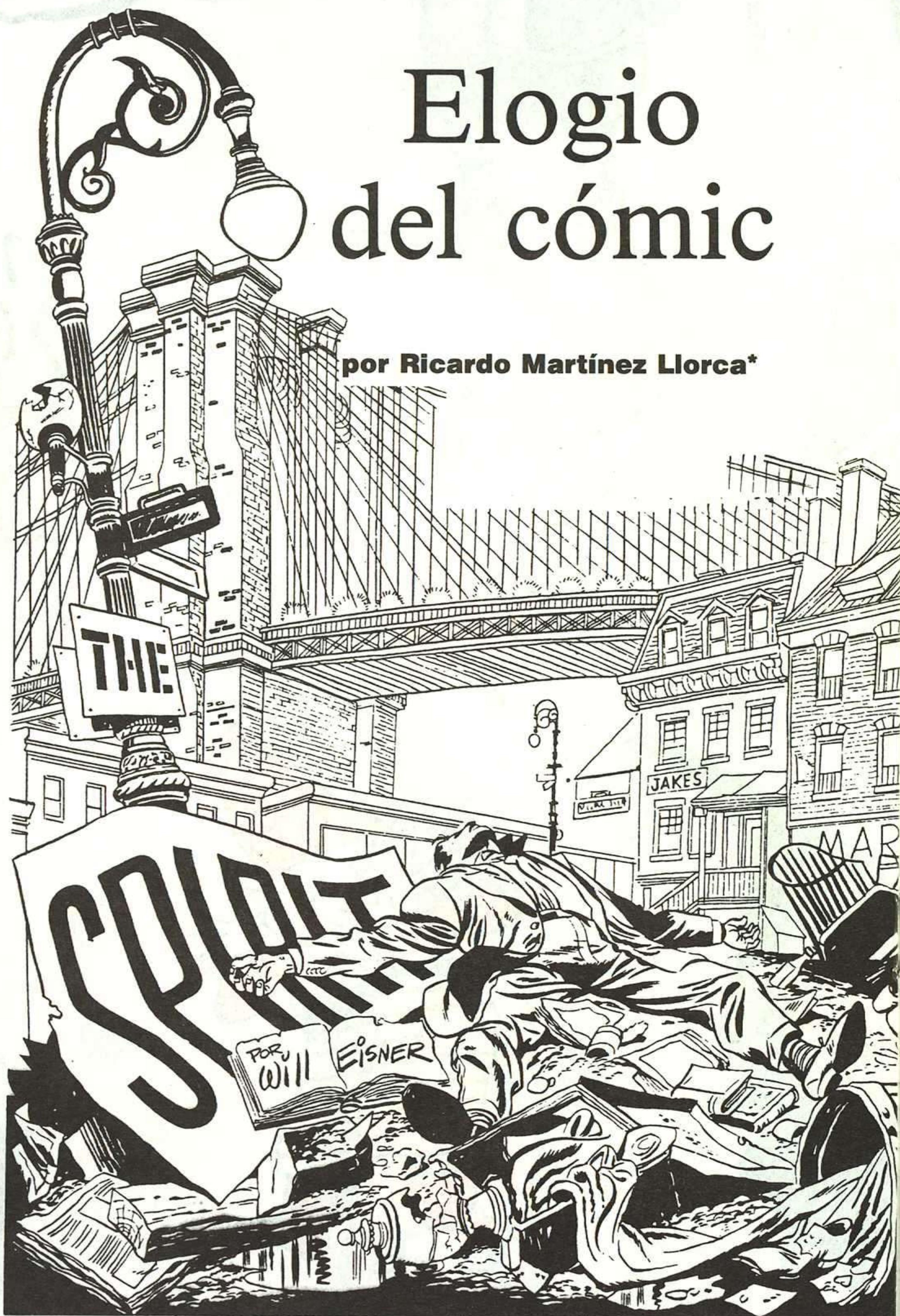


Los cómics han sido fieles compañeros en la aventura de la vida de muchas generaciones de niños y jóvenes que, a través de las viñetas, han descubierto otros paisajes, han entendido el mundo o, simplemente, han mitigado sus ansias de aventuras. En las siguientes páginas, el autor rememora los cómics y tebeos que acompañaron su infancia y adolescencia, y rompe una lanza en favor de la historieta que, lejos de distraer o sustituir otras lecturas, le despertó el interés por autores como Scott, Galdós o Stevenson.

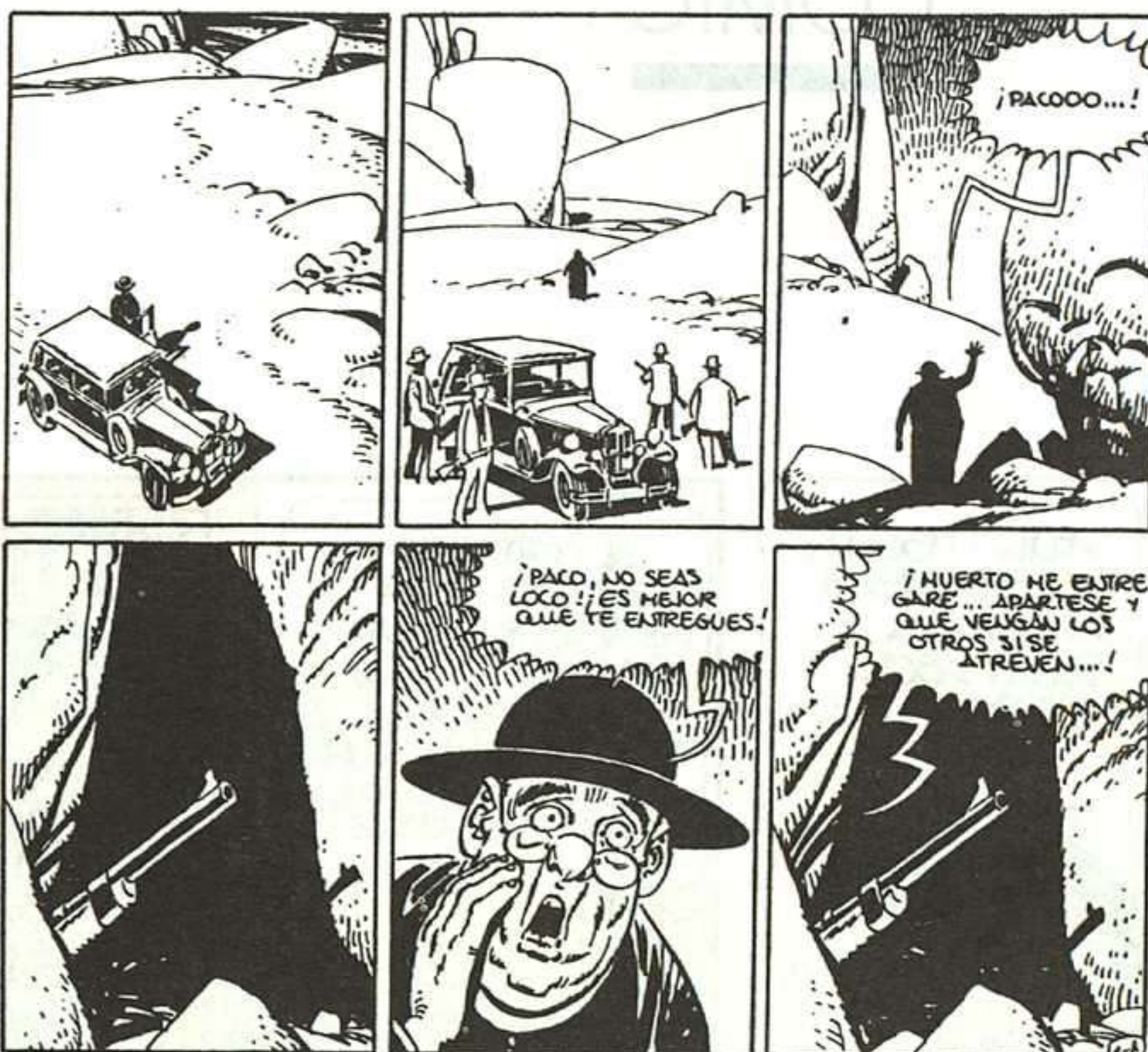
Elogio del cómic

por Ricardo Martínez Llorca*



WILL EISNER, THE SPIRIT, LA DANZA DEL TORERO, BARCELONA: NORMA, 1993.

REQUIEM
PARA UN
CAMPESINO
ESPAÑOL
R. J. SENDER
 (EXTRACTO DE UN PASAJE ADAPTADO POR GIMÉNEZ)



CARLOS GIMÉNEZ.

Mis hermanos y yo rondábamos los diez años cuando aprendimos dónde estaba el mar de los Sargazos y la isla de Java. Fue en los tebeos de *El Guerrero del Antifaz*. Sumergidos entre ingenuos mandobles y afilados villanos, fuimos descubriendo, de puntillas, cómo es el paisaje del norte de África, la gentileza y elegancia que distingue al caballo árabe, la rabiosa formulación del mundo feudal o la falaz justificación de una institución llamada Inquisición.

Al finalizar el curso, refugiábamos nuestra vitalidad en unas montañitas llenas de robledales, donde nuestros espontáneos juegos de rol disfrutaron de momentos fabulosos: nuestras guaridas se asemejaban a la de los hermanos Kir; repartíamos las cualidades más básicas (pequeña introducción al mundo de la psicología) según unos principios muy elementales; construíamos vestimentas y armas con trapos, cartón y mucha, mucha fantasía para disfrazarlos de formas y colores...

Sano maniqueísmo infantil: nuestro inocente vicio nos ayudó a entender el mundo. Primero debíamos aprender a ordenar las parejas de contrarios; en la adolescencia, a dudar de ellos; en la madurez, a multiplicarlos y destruirlos, o destruirlos y multiplicarlos.

Infancia de tebeo

Quién iba a sospechar que aquellos cuadernillos, que tan sonrientemente compraba nuestro padre, iban a tener

un efecto tan demoledor: la contribución de su dudoso rigor histórico provocó el interés posterior por Walter Scott, Galdós y Stevenson, por un lado; y por otro, su permeabilidad ideológica era la futura predecesora de García Márquez, Goytisolo y Tolstoi.

Desdoblábamos nuestra afición al tebeo con una lectura complementaria, basada en la caricatura, y un humor inocuamente sádico y espontáneamente absurdo, el de Mortadelo y Filemón. La sobrecarga de adrenalina se mitigaba así durante los ratos de reposo, cuando alguna visita a nuestros padres se convertía en un buen motivo para que guardáramos silencio. Su descarnada rebeldía ante lo

real, y su incongruencia hedonista, nos estimulaban a conjeturar con que era posible aquello que nuestra tímida razón nos decía que era imposible.

Enrevesadas imágenes en que era factible andar sobre la línea que cerraba la viñeta; perfiles de ciudades enteras simplificadas en una rayita quebrada; desorbitadas líneas cinéticas que exageraban el movimiento, obligando a los cuerpos a articularse y desarticularse de modo caprichoso... Grafismos poco convencionales que se alejaban de la realidad fotográfica y la perspectiva, y que supusieron la apertura de la puertecita que daba al mundo de Picasso, Klee o Warhol.

Humor de la sin-razón que nos enseñó a apreciar a Cervantes, Quino y Gosciny.

Inciso: recuerdo a un señor bajito, con gafas, bigote y el abúlico andar de un funcionario, que se refería a nuestros gustos lectores añadiendo prefijos a la palabra literatura: sub-, pseudo-, anti-... No sabíamos qué era lo que quería decir, sino por su gesto, que reflejaba desdén: los tebeos nos enseñaron qué expresión correspondía



HUGO PRATT, CORTO MALTÉS, LA CONGA DE LAS BANANAS, BARCELONA: NORMA, 1979-1993.

a cada estado de ánimo; aquellos personajes eran grandes actores. (Resultaba evidente que aquel funcionario desconocía la tradición que existía en nuestra familia: cada vez que alguien caía enfermo, se le compraban montañas de tebeos para evitar que se aburriera.)

Los superhéroes de la madurez

Pasó (inexorablemente) el tiempo, y perdimos el equilibrio de la infancia. Buscábamos (tortuosamente) la estabilidad de la madurez, y durante el camino encontramos consuelo en un tipo de narración ásperamente evasiva: los superhéroes. En la portada de aquellas publicaciones, figuraba una frase que nos llenaba de orgullo cada vez que el señor del quiosco nos las entregaba sin preguntar nada:



ALFONSO FONT, ROHNER, LOS DIENTES DEL TIBURÓN, BARCELONA: NORMA, 1990.

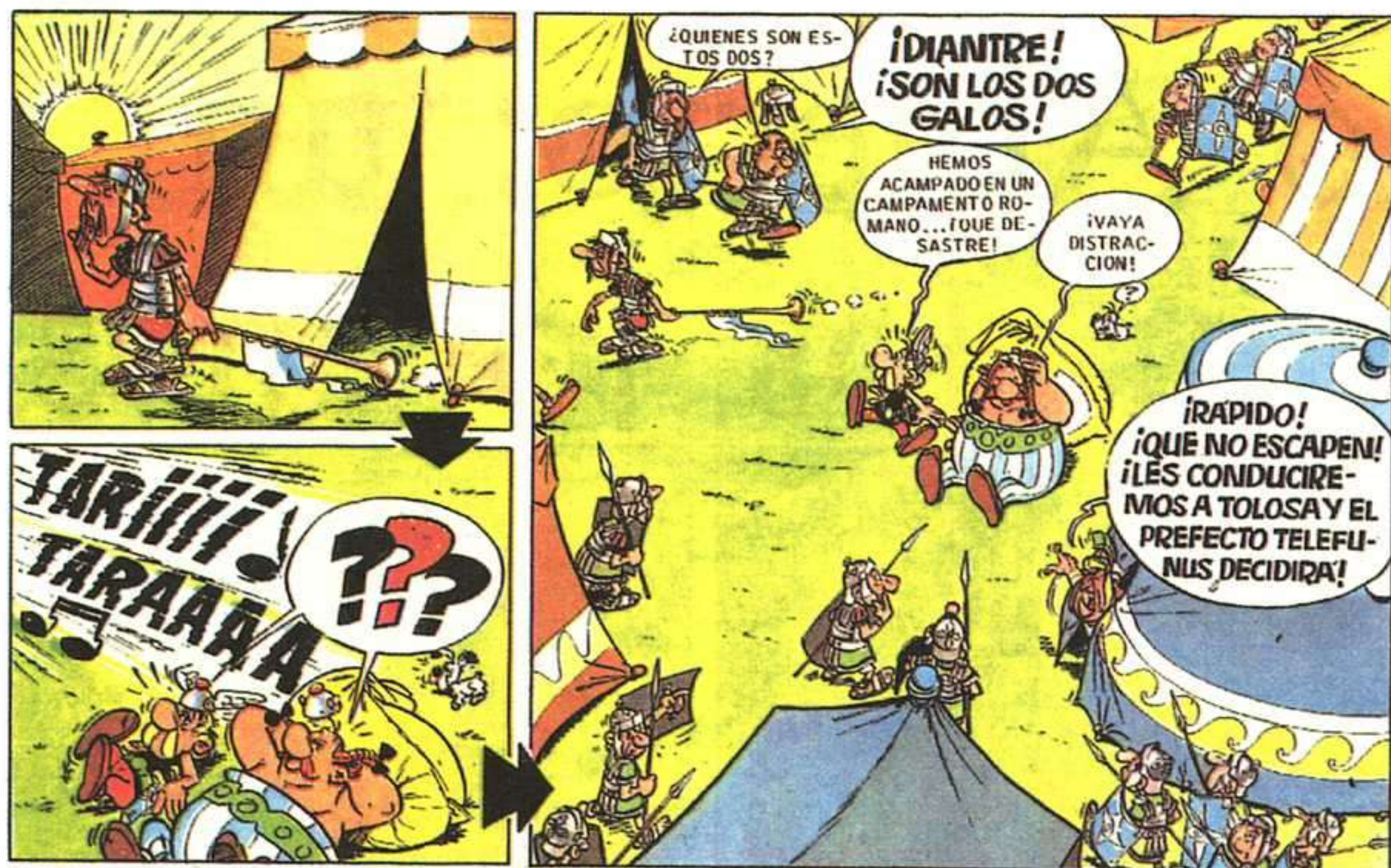
sólo para adultos. Allí encontramos lo que más necesitábamos: los dibujos eran —fotográficamente— más realistas que Mortadelo; la situación temporal, más próxima que en *El Guerrero del Antifaz*, sólo las aptitudes de los personajes rompían un hilo de comunicación convencional con el mundo. Tenían el aporte justito de cada uno de los ingredientes.

Destilada dicotomía que cubría las fogosas necesidades del adolescente.

Entonces supimos que estas ediciones se llamaban cómics, lógicamente, pues venían de Norteamérica. No podemos evitar



HAROLD R. FOSTER, PRÍNCIPE VALIENTE, INVASIÓN SAJONA, SAN SEBASTIÁN: BURULAN, 1983.



UDERZO, ASTÉRIX, LA VUELTA A LA GALIA, BARCELONA: GRIJALBO-DARGAUD, 1981.

asociar la palabra *tebeo* a nuestra infancia, y *cómic* a nuestra adolescencia, mientras algunos lingüistas se pierden en cábalas sobre la acepción más apropiada a nuestro idioma, o la diferenciación entre ambas. La solución semántica que nosotros proponemos es bien simple: la definición funciona en torno a valores evocativos.

Inciso: el funcionario de gafas, armado de un puñadito de canas, seguía prefijándonos la palabra *literatura*. Entonces ya sabíamos exactamente el significado de lo que nos decía; nos cruzábamos miradas sudorosas y cómplices, pues no nos atrevíamos a desengañarle, un cómic (o tebeo) no es un libro, a pesar de estar encuadrado como tal.

Cómics de siempre

Tampoco recuerdo que nuestros caminos en el terreno de la lectura literaria resultaran entorpecidos por el del cómic: los protagonistas de las novelas policíacas no tenían el rostro de Rip Kirby; los ambientes de los libros de ciencia-ficción no eran iguales a los bosques de Flash Gordon; los personajes más picarescos diferían de Carpanta... Las vías de nuestra imagina-

ción no dejaron nunca de conspirar, no hubo obstáculos que rezagaran nuestra cauta educación creativa.

Si bien es cierto que, de entre nosotros, el que optó por una educación en el campo de la plástica fui yo, no creo que el hecho de comprender un poco mejor la sintaxis de las ilustraciones sea lo que, aún hoy en día, me convierte en uno de sus amantes. Su-

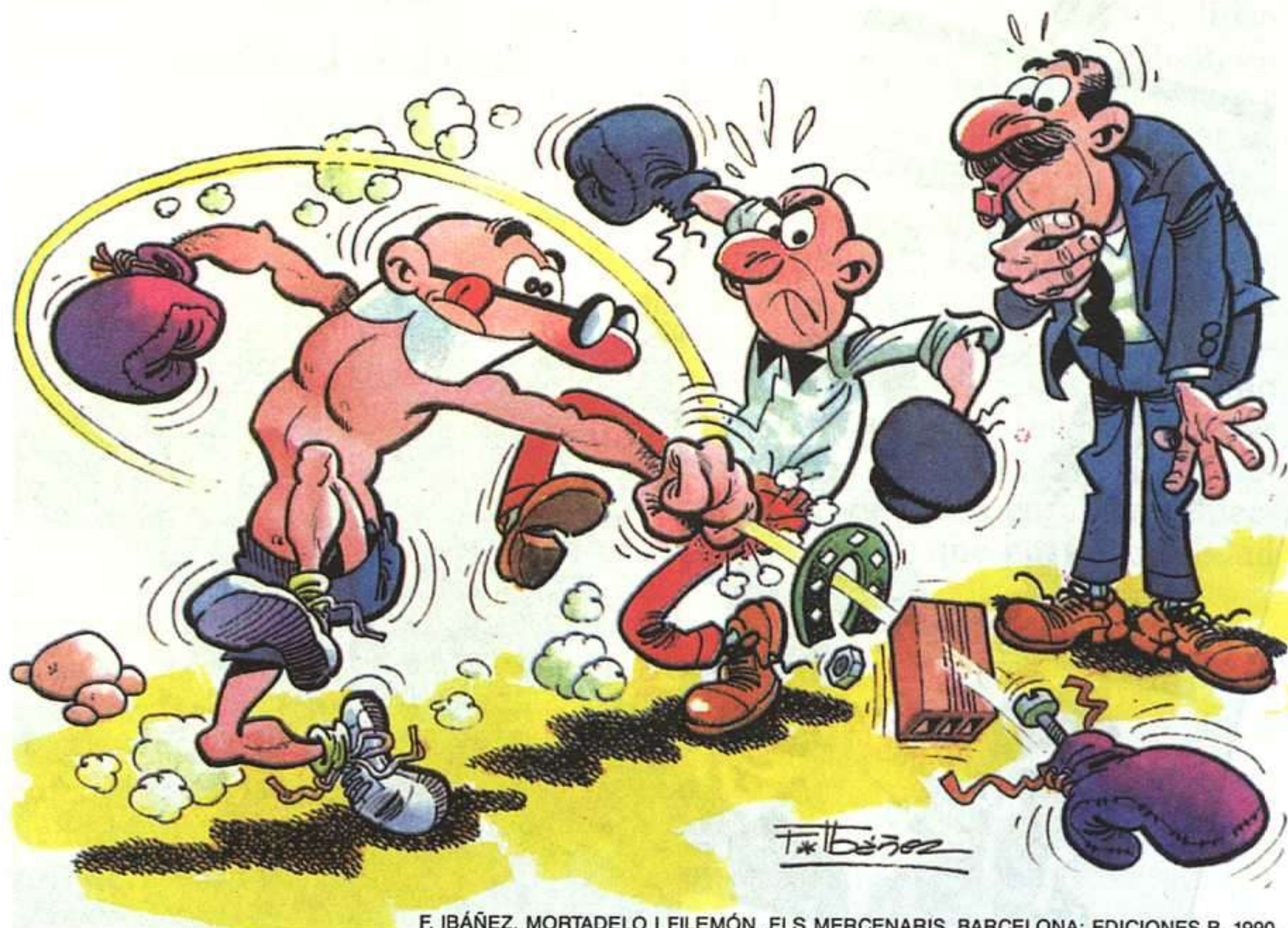
pongo que es, más bien, cierta bienintencionada nostalgia a la que no renuncio: pocas otras fórmulas de comunicación provocan en mí un intercambio afectivo, un honesto diálogo de emociones.

Sospecho que el funcionario de las gafas no sabe que, en nuestras actuales visitas a las librerías, buscamos alternativamente la gallardía sincera de Hugo Pratt y el noble reposo de Miguel Delibes; el altruismo hedonista de Harold Foster y la provocativa espontaneidad de Boris Vian; la jovialidad macilenta de Carlos Giménez y las taciturnas conversaciones de Calderón de la Barca; el sensible misticismo de Comés y la visceral enajenación de Cortázar; la brillante picaresca de Goscinny y las enigmáticas tramas de Dashiell Hammett...¹ ■

* Ricardo Martínez Llorca es ilustrador y diseñador gráfico.

Notas

1. Los dibujantes y guionistas de cómic nombrados son autores, entre otras obras, de: Hugo Pratt: *Corto Maltés*; Harold Foster: *El Príncipe Valiente*; Carlos Giménez: *Los Profesionales* y *Paracuellos*; Comés: *La Bellette* y *Eva*; René Goscinny: *Astérix* y *Lucky Luke*.



F. IBÁÑEZ, MORTADELO I FILEMÓN, ELS MERCENARIS, BARCELONA: EDICIONES B, 1990.